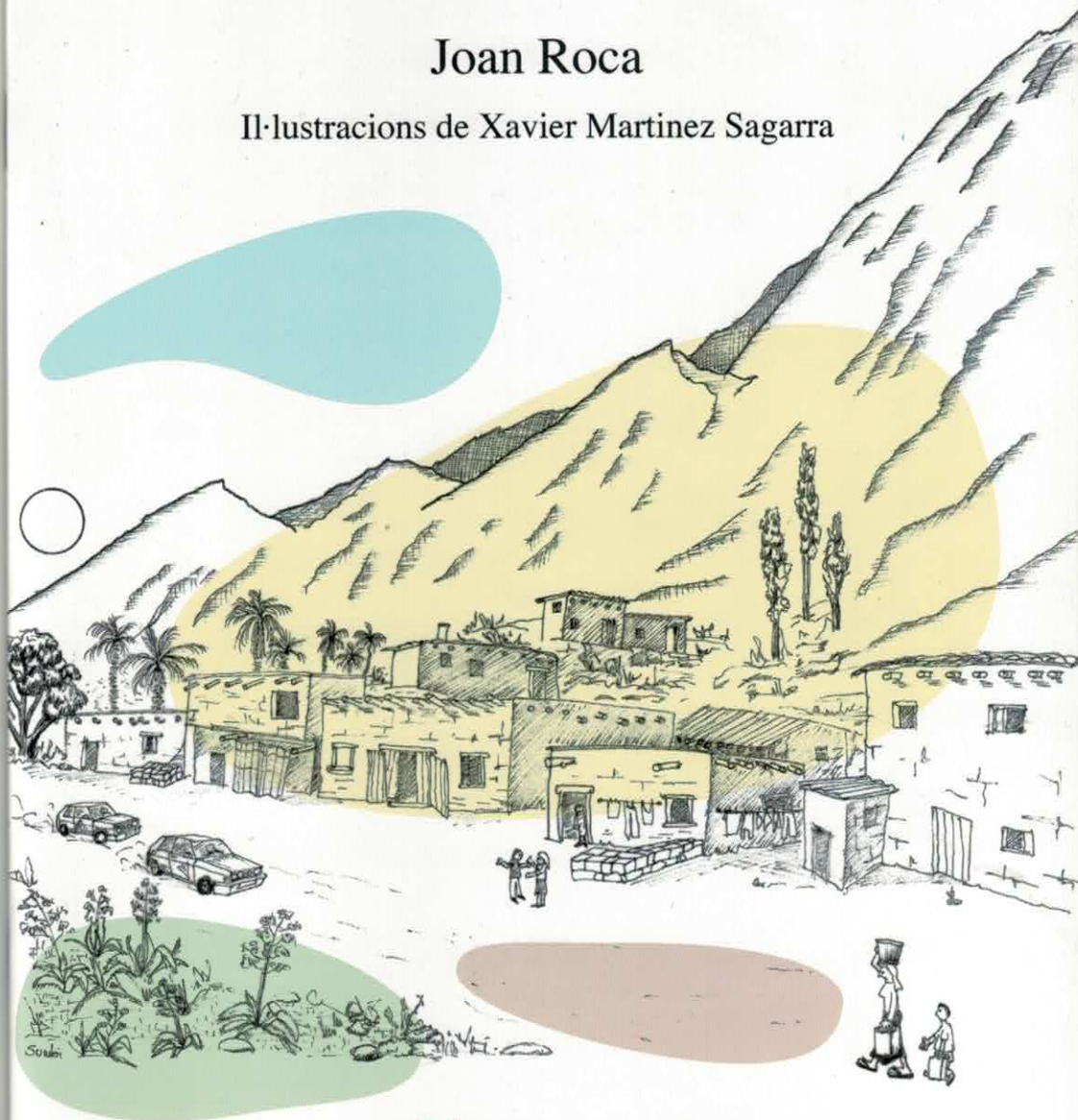


# TRES DANIS

Joan Roca

Il·lustracions de Xavier Martinez Sagarra



APRENTIK

# TRES DANIS

Joan Roca

Ilustraciones de Xavier Martinez Sagarra

Dani cerró la carpeta de los apuntes y se dispuso a levantarse. La última hora de clase en la universidad siempre se le hacía muy pesada y hacía rato que su barriga protestaba de hambre. Todavía tardaría 45 minutos en llegar a casa y se apresuró para llegar a su Golf GTI que tenía aparcado cerca de la entrada de la facultad. Un chico como él, flacucho, de metro noventa y piernas proporcionales a su altura, con pocas zanjadas se plantó delante del coche, que le esperaba paciente desde las ocho en punto de la mañana.

Iba a abrir la puerta del conductor cuando se fijó en el 4x4 que estaba aparcado justo al lado: un todoterreno con el chasis elevado y un equipamiento que llamaba la atención. Como siempre le habían gustado estos vehículos, empezó a curiosear en su interior. Una voz detrás de él le sobresaltó:

—¿Te gusta, chico?

Antes de responder, se fijó en el autor de la interrogación. Era un muchacho mayor que él, tirando a bajo y un poco rechoncho.

—Pues sí, mucho. ¿Es tuyo?

—Desde hace unos cuatro años. O, mejor dicho, desde hace muchos kilómetros.

—¡Me encantaría hacer una ruta larga con uno de estos trastos!

—¿Quieres ver fotos del último viaje a Marruecos? Creo que tengo algunas en la guantera.

Dani se olvidó del hambre y las prisas. Unos segundos más tarde estaban delante de un montón de fotos esparcidas encima del capó del coche.

—Me llamo Dani —creyó que era el momento de presentarse.

—¡Qué fuerte! Yo también.

(A partir de aquí, Dani alto será Dani Pequeño y Dani bajo será Dani Grande, para no confundirnos.)

Así fue como Dani Grande le explicó detalles de su viaje, con la ayuda de las imágenes que tenían a Dani Pequeño, que estaba embobado. Ante sus ojos desfilaron pueblos que se confundían en un paisaje terroso, casas con paredes de tapia y tejados de cañizo, rebaños de cabras, increíbles riachuelos que atravesaban terrenos pedregosos, niños y niñas que miraban a cámara sonrientes...

—¡Sería genial poder viajar en Marruecos! —exclamó Dani Pequeño.

—Sí, sería magnífico ir con tu Golf GTI —añadió Dani Grande—. Hace tiempo tuve uno y me encantaba: es seguro y tiene muy buena conducción.

—¡Anda ya! ¿Con el Golf? —dijo con cara de incredulidad.

—Hombre, tendrías que darle unos retoques, pero te puedo echar una mano para prepararlo. Tengo bastante experiencia.

—¿En serio? ¿Me ayudarías a preparar el viaje?

—Y el coche, sobre todo el coche. Puedes contar conmigo.

Los dos chicos intercambiaron sus números de teléfono y quedaron varias veces durante un par de meses para concretar el viaje entusiasmante que había nacido de una casualidad, que es de donde salen la mayoría de proyectos importantes. Para nada imaginaban que estaban poniendo los cimientos de la VW Golf Challenge.

A principios de verano, Dani Pequeño contemplaba su coche provisto del equipamiento necesario para un viaje de aventura que le había conseguido Dani Grande, y ansiaba empezar. Le hubiera gustado hacerlo con el amigo que tanto le había ayudado, porque confiaba plenamente en su experiencia, pero no fue posible.

Dani Grande tenía compromisos que le impedían compartir este viaje. Antes de irse, le dijo:

—Solo te pido que, a tu regreso me vengas a explicar cómo te ha ido.

Así fue como Dani Pequeño, con su flamante Golf GTI, inició en solitario la aventura en Marruecos con los ojos despiertos, el corazón palpitando de contento y una enorme ilusión para conocer de cerca el paisaje y la gente que solo había visto en las fotografías que le había enseñado Dani Grande. Había cargado el coche con ropa, calzado, juguetes y libros que quería repartir durante del viaje, como le había aconsejado su amigo.

Dani Pequeño se enamoró del país desde el primer día: las carreteras llenas de polvo, las montañas altas y pedregosas, las zonas desérticas, los palmerales, kilómetros y kilómetros sin encontrarse a nadie. A cualquiera de nosotros seguro que se nos habría encogido el espíritu conduciendo en solitario por caminos poco transitados, pero él es una persona decidida, tranquila, de aquellas que ante un problema siempre piensa que encontrará una posible solución. Durante el viaje vivió un montón de anécdotas, pero nosotros solo os vamos a explicar algunas, porque sería largo de contar.

Hacía rato que circulaba por un camino de montaña pedregoso y serpenteante. El sol se acababa de poner, pero el mapa indicaba que había un pueblo a pocos kilómetros. De repente, al salir de una curva, la carretera desapareció, y se encontraron él y el coche dentro del cauce de un arroyo de aguas limpias y frías. De nada le serviría dar marcha atrás, porque no tenía suficiente gasolina. En un par de horas caería la noche. Dani Pequeño no se lo pensó dos veces; empezó a circular con su Golf GTI siguiendo el curso del río que se retorció entre las altas paredes de roca que dibujaban todos los colores ocres y grises

posibles. A veces se ensanchaba y apenas había pocos centímetros de agua, otras veces se estrechaba y el agua alcanzaba casi hasta media puerta, pero el coche no se detenía. Iba avanzando metro a metro con precaución para poder esquivar los charcos profundos que podían llegar a cubrirlo, y los minutos iban pasando. De repente, de la misma forma que había desaparecido, la carretera volvió a aparecer ante sus ojos. A pocos metros había una casita de la que salieron una mujer y dos niñas que no lograban entender lo que veían: un coche saliendo del río, y dentro del coche, un chico delgado, alto como un pino y con una sonrisa de oreja a oreja.

Se acercó a la casa para hablar con ellas y, sobre todo, para asegurarse de que el camino que seguiría acabaría en el pueblo donde podría llenar el depósito de gasolina. Querían que entrase a toda costa. Les agradeció la hospitalidad, pero les explicó que era muy tarde: hacía rato que se había puesto el sol y no tardaría en oscurecer.

Ya se estaba despidiendo antes de reanudar la marcha, cuando se fijó en la mayor de las niñas que llevaba un jersey con los puños gastados y agujeros en los codos. Dentro del coche tenía dos chaquetas. “A mí con una me basta”, pensó.

Se fue al coche, cogió la que le quedaba más ajustada y se la dio a la niña, que lo miró con los ojos como platos.

—¡Gracias! —consiguió murmurar con la voz entrecortada por la emoción. Seguramente le quedará un poco grande, pero le servirá durante las heladas noches de invierno del Atlas. Recordemos que en sitios como este caen importantes nevadas, aunque cueste de imaginar a principios de verano, cuando el clima es seco y caluroso.

En otra ocasión, transitando por una zona desértica, cuando llevaba horas conduciendo entre dunas pequeñas y medianas de arena multicolor, Dani Pequeño

tuvo que admitir que se había perdido. Es fácil perderse en un paraje donde, mirando 360º a tu alrededor, solo ves arena dispuesta en repliegues hasta más allá de donde alcanza la vista. Decidió detenerse y subirse a una duna por si desde un punto más elevado avistaba alguna señal de vida. Al alcanzar el punto más alto, con los zapatos llenos de arena y el sudor que le caía gota a gota por la nariz pronunciada, ante él apareció una pequeña jaima de color marrón. Se acercó a ella y de dentro salió una mujer y dos niños que le hicieron entrar y le ofrecieron dátiles en un bol de cerámica.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la mujer mientras le servía te en un vaso de cristal decorado. ¿Cuál hubiera sido vuestra respuesta?

—De Cataluña, un país que está muy, muy lejos.

—¡Ah, Cataluña! —respondió la mujer. Seguidamente le explicó que tenía un hermano que hacía años que se había ido a vivir a Cataluña. De vez en cuando volvía a visitarla en su coche, y le explicaba cosas tan interesantes que empezaba a pensar que quizá le convendría emigrar a nuestro país.

Aquí quizá debería hacer una aclaración. Los diálogos se han escrito en un lenguaje más que correcto y esto puede que os sorprenda. Lo hemos hecho para facilitaros la lectura, porque ya podéis suponer que en realidad se trataba de una mezcla de catalán, amazige y francés aderezada con una buena dosis de mímica. En cualquier caso, pensad que con voluntad de comunicarse las dificultades acaban desapareciendo.

Pasaron un buen rato hablando, explicando, escuchando, sobre todo escuchando, ya que si quieres conocer un sitio que nunca has visitado, conviene prestar atención a lo que te explican. Solo así llegarás a entender su forma de ser y

de vivir, su cultura... Y hablaron tanto que se le hizo tarde. Se dio cuenta porque el sol no lucía y las tinieblas se habían apoderado de la pequeña tienda.

—¿Qué dirección debo seguir ahora? —preguntó Dani Pequeño antes de despedirse.

—Todas las direcciones son buenas —respondió la mujer—, pero si quieres ir al pueblo más cercano, fíjate en aquella estrella, la primera que sale todos los días.

No la pierdas nunca de vista, i en poco rato llegarás a tu destino.

Antes de irse, se acercó al Golf, abrió el maletero y sacó una de las dos garrafas de agua que siempre llevaba por motivos de seguridad.

La acercó a la jaima y se la dio a la mujer que le apretó la mano en agradecimiento.

El agua es el bien máspreciado en esta zona desértica. ¿Qué mejor regalo para agradecer su hospitalidad?

Pero lo que nos llevará más rato es la anécdota que vamos a explicar ahora. Hacia el final de su viaje, pasando por un camino entre palmeras y pequeñas colinas cuya nariz de piedra se asomaba en medio de una llanura arenosa, el Golf GTI pegó un salto y cayó sobre sus cuatro ruedas en un espacio de arena muy fina. De nada le sirvió intentar avanzar con cuidado. A los pocos minutos tenía las cuatro ruedas enterradas hasta la mitad. Dani Pequeño sacó la pala plegable que le había prestado Dani Grande y empezó a sacar arena y más arena. Cuando ya llevaba un buen rato escarbando, le sorprendió una voz a su espalda:

—¿Tienes problemas?

Una niña de unos once años le miraba a menos de un metro con las manos cruzadas sobre el vientre y una sonrisa pícara en los labios.



—¿Quieres que te ayude?

Dani Pequeño se levantó, se sacudió la arena de la ropa, se frotó los ojos para comprobar que lo que veía no era un espejismo y le dijo:

—Hola, me llamo Dani. ¿Tú, cómo te llamas?

—Dúnya, me llamo Dúnya —contestó mientras le cogía la mano—. Vamos a ver a mi padre y te ayudará.

Dani Pequeño se dejó guiar por la niña y al girar en la primera curva apareció ante él el pueblo, camuflado en la pendiente de una colina.

Realmente tenías que fijarte muy bien para distinguir las casas edificadas en la pared de tonos ocre y rojizos de la pendiente.

Al llegar al pueblo, Dúnya le dijo:

—Mira, es mi escuela.

A Dani se le cayó el alma a los pies. Era un cobertizo hecho con tres paredes que soportaba un techo precario de cañizo. En su interior, cuatro filas de bancos de madera poco pulida miraban al encerado cuarteado colgado en la pared de tierra compacta orientada a levante.

—¿Tu escuela? —solo se atrevió a comentar.

—Sí. Dos días a la semana viene un maestro de Zagora y tenemos clase por la mañana —le explicaba Dúnya mientras seguía andando hacia su casa.

Dani Pequeño pasó un rato contemplando la penosa imagen del espacio, sobre todo porque en su cabeza no podía evitar compararlo con las escuelas de nuestro país.

—Date prisa, que está oscureciendo —le dijo Dúnya, que tenía prisa para llegar a casa.

La siguió unos pasos atrás y vio como desaparecía en un portal cubierto por una tela gruesa. Al poco rato, salió acompañada de su padre y dos niños que le presentó.

—Mira, Dani, este es mi padre, que se llama Ahmed, y estos son mis hermanos, Kamal y Soufian.

Alargó la mano para saludarles y el hombre dijo:

—Voy a buscar la burra, a ver si sacamos el coche.

Al poco tiempo salió por la puerta de atrás con la burra seguido de dos hijos. La comitiva de rescate de coches salió en dirección al hoyo de arena para intentar desencallar el vehículo.

Ahmed cogió una cuerda vieja y deshilachada que llevaba en la bandolera, la ató en un aro del parachoques del Golf GTI y el otro cabo lo ató en el cuello del animal pasándoselo varias veces por debajo del pecho y entre las piernas y ordenó:

—Pon el coche en marcha.

Dani Pequeño obedeció al instante, puso primera soltando el embrague muy lentamente y con la cuerda tensada que amenazaba de romperse, sin aparentemente ningún esfuerzo del animal, las ruedas del coche empezaron a salir del hoyo donde estaban medio enterradas. Dúnya y sus hermanos empezaron a aplaudir y Dani hizo lo mismo.

—Ya es muy tarde —dijo el hombre contemplando una puesta de sol espléndida detrás de la colina del pueblo—. Quédate en nuestra casa y cenarás con nosotros.

Sentados al suelo sobre unos cojines dispuestos alrededor de una mesa baja, Dani Pequeño disfrutó de una comida extraordinaria. Una colección de cuencos de ensaladas, tajín con cuscús de verduras, dátiles, pastas... y todo regado con un te

humeante servido en vasos decorados que contenían hojas de menta para darle más sabor. Khadija, la madre, se pasó todo el rato insistiendo en que Dani comiera más. Incluso se permitió hacer comentarios irónicos relacionados con su estatura y que debía costar llenar un cuerpo tan largo.

La hospitalidad de la gente humilde que se había encontrado durante su viaje le tenía enamorado. Durante la cena le explicaron cosas de su vida en el pueblo y él, curioso como era, procuraba inmiscuirse en rincones en los que los turistas nunca llegarían a olisquear.

Antes de irse a la cama, Dani sacó de la mochila un paquete que contenía media docena de libretas y se lo dio a Dúnya:

—Mira, estas libretas y estos lápices son todo lo que me queda para darte. ¿Me prometes que lo repartirás entre tus compañeros de la escuela?

—¡Oh, sí! Gracias —dijo la niña ilusionada ante la cara sonriente y agradecida de sus padres.

—Te prometo que el próximo año volveré y os traeré más cosas para la escuela.

...

De vuelta a casa, lo primero que hizo Dani Pequeño fue quedar con un amigo que le había ayudado a preparar el viaje. Nuestras promesas son sagradas y Dani Grande le había explicado que antes de ayudarlo a él había ayudado a otras personas y no había sabido nada más de ellas: ni si les había ido bien el viaje, ni si habían tenido problemas... Y le sabía mal. Por lo tanto, no habían pasado ni veinticuatro horas desde su llegada, que ya estaba sentado en una mesa con un montón de papeles escritos con letra pequeña y un montón de fotografías que se había apresurado a imprimir. Quizá fue el entusiasmo de Dani Pequeño a la hora de

explicarle uno a uno los detalles de su viaje, quizá el amor que Dani Grande tenía por un país que le había aportado tantas experiencias, quizá... La verdad es que cuando se levantó de la mesa lo hizo convencido de que podían empezar a preparar el viaje del año siguiente. Dani Pequeño se pasó dos meses explicando el viaje a sus amigos y lo hacía con tanta ilusión que poco a poco consiguió contagiarles el gusanillo de la aventura. Media docena larga de compañeros se apuntaron al siguiente viaje. Incluso escribió un reportaje periodístico que se publicó en una revista especializada.

Ahora sí, acababa de nacer la VW Golf Challenge. Se propusieron hacer una ruta de descubrimiento para tener el máximo contacto con la gente del país, llevando material imprescindible para cubrir alguna de sus necesidades básicas y, sobre todo, compartiendo la experiencia del viaje juntos como si se tratara de una familia. Dani Pequeño no se había olvidado del compromiso que tenía con la escuela de Dúnya, y había cargado una caja repleta de libretas, libros, lápices para escribir y lápices de colores.

Una docena de amigos bien avenidos, conduciendo una pequeña caravana de 6 Golf GTI provistos del equipamiento imprescindible para hacer una ruta como esta, emprendieron la primera edición de la VW Golf Challenge. Desgraciadamente, Dani Grande, que tanto les había ayudado a preparar la ruta, tampoco los pudo acompañar. ¡Y no le faltaban ganas! Durante una semana volvieron a atravesar montañas, riachuelos, zonas desérticas, palmerales. Dormían en pequeñas posadas, en casas particulares, montaban un campamento de tiendas en zonas deshabitadas... Por el camino repartieron el material que habían cargado y dos días antes de terminar el viaje llegaron al pueblo de Dúnya, donde Dani Pequeño quería dejar la última caja que llevaban.

La alegría de toda la familia, cuando se dio cuenta de que de dentro de uno de los seis coches que se detenían salía Dani Pequeño, fue indescriptible. Dúnya corrió a abrazar a su amigo. Los hermanos perseguían a la niña, aunque no lograron alcanzarla.

—Este año he venido con más amigos —dijo Dani Pequeño señalando todo el grupo que se había colocado en un semicírculo, y fue diciendo el nombre de todos.

Por el estrecho camino pedregoso que bajaba de su casa, los padres caminaban chano chano con el ritmo que imponen estas zonas áridas donde el tiempo tiene una importancia relativa, no como en nuestra sociedad, donde siempre andamos con prisas.

—Sean bienvenidos —dijo Ahmed apretando las dos manos de Dani Pequeño y repitiendo la operación con todos los miembros del grupo.

Khadija, la madre, permanecía en un segundo término respetuoso, pero Dani se acercó para darle dos besos y saludarla.

De nada sirvieron las excusas de los visitantes para darles a entender que eran demasiados, que buscarían un sitio donde acampar y montar las tiendas. Una vez más, cabe decir que las personas más necesitadas son las más generosas que podemos encontrar. Consiguieron encajonarse todos en la pequeña sala y soportar las lamentaciones de Khadija porque no había suficientes cojines para todos. Solo para poder vivir esta extraordinaria hospitalidad habría merecido la pena la organización del viaje.

Dani Pequeño entregó la caja a Dúnya mientras le preguntaba:

—¿Repartiste las libretas y los lápices?

—Claro —respondió la niña ilusionada—. ¿Sabes? Los días que no ha venido el maestro, he sido maestra de los más pequeños.

Y la niña desapareció como una exhalación hacia el interior de la casa. Regresó al poco tiempo con dos libretas: la suya, llena con una letra pulcramente trazada y la de su hermano pequeño, Soufian, con trazos más irregulares. No había ni un centímetro de espacio libre en todo el cuaderno, incluso habían aprovechado la cara interior de las tapas.

—Aquí dentro tienes más libretas, lápices de colores, libros... Sé que los utilizareis.

—¡Gracias, Dani! —Dúnya le dio un abrazo que lo ruborizó un poco, porque estas muestras de efecto no son nada habituales en una sociedad rural donde el contacto físico de las personas no está muy bien visto.

Al día siguiente la pequeña caravana emprendió la última etapa de su viaje.

A la hora de la despedida, Dani Pequeño hizo una promesa a la familia:

—El próximo año, cuando llegue la primavera, volveremos y os traeremos más cosas para la escuela.

...

Y así es como año tras año la VW Golf Challenge fue creciendo. La iniciativa se esparció como una gota de aceite y personas de diferentes países de todo el mundo se animaron a vivir esta experiencia. Y siempre siguiendo los objetivos con los que había nacido: una inmensa familia que durante más de una semana convive y comparte comidas y experiencias con espíritu solidario con los distintos participantes y la gente del país, y todo esto con un escrupuloso respeto por el entorno que les acoge.

Ya hacia el final del trayecto de la última edición, se detuvieron en la pequeña aldea de Dúnya para descargar el abastecimiento de material escolar. Ahora el pueblo ya disponía de una escuela en mejores condiciones. Tenían una maestra que daba clase todos los días y antes de iniciar el viaje les explicaba qué les hacía más falta.

Dani Pequeño y Dani Grande, que solo se había perdido los dos primeros viajes, se acercaron a la casa de sus amigos y, antes de llegar, vieron que Dúnya salía a la puerta, pero no estaba sola.

—Hola, Dani —le dijo a Dani Pequeño mientras le mostraba un bebé pequeño envuelto en una gran tela que solo deja su carita al descubierto—. Mira, se llama Dani, como tú. Como vosotros —añadió mirando a Dani Grande que no podía disimular la sorpresa.

Dani Pequeño no pudo evitar que se le agolparan las lágrimas en los ojos.

Aquella niña que años atrás le había ayudado a salir de la trampa de arena donde se había caído ya era una joven mamá que le mostraba orgullosa su hijo recién nacido.

Lo cogió en brazos y lo llevó donde había aparcado el coche.

—Ven, Dani, que tengo una cosa para ti —le dijo al bebé mientras caminaba con cuidado por el camino lleno de piedras.

Y al poco rato regresó con el bebé en un brazo y un peluche en el otro, un oso panda que lo había sido su mascota desde el primer viaje.

## AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a Joan, Imma y Sílvia de Aprentik por la confianza que han depositado en mí al encargarme este cuento. Sin la imprescindible y abundante información y documentación que me han proporcionado, no hubiera sido capaz de crear esta historia, que es absolutamente verídica en su mayor parte, aunque sea difícil de creer.

El autor.

Agradecer también la colaboración de Dani de Quadras, Dani Blasco y a todos los participantes de la VW Golf Challenge. Sin ellos, este cuento no existiría.